

otredad

También mi hijo está del otro lado del espejo

Luz Aurora Pimentel

We live as we dream, alone
Conrad

Miro al espejo; no veo más que mi propia imagen. Miro de soslayo para adivinar ese otro mundo que se abre más allá del reflejo. Se me escapa como una sombra, como el viento que me roza la piel (que "todo es vanidad y atrapar vientos"), como las formas vagas del mundo del otro que el presentimiento afirma ilusoriamente como una totalidad. Adelgazo la mirada hasta el extremo de la aguja, para atravesar con ella los poros de mi imagen, para deshilar mi reflejo. Y a veces, por el deshilado me escapo parcialmente y me fundo en los destellos de ese universo presentado.

Por mucho tiempo creí que de nadie había yo estado tan cerca como de mi hijo, que a nadie conocía mejor; que haberlo llevado dentro de mí, haber estado conectada con él, dentro y fuera, me daba un "pase autorizado" para la conexión de las almas. Era el tiempo privilegiado del amor *entrañable*, del sentimiento que se resuelve en palpito y en lágrimas de felicidad; tiempo en el que con frecuencia le cerraba las puertas de la percepción al mundo para irme a descansar a la trastienda de mi propio cuerpo; a deleitarme, en realidad, porque en esa vuelta de los sentidos hacia la oscuridad informe del foso interior, yo asistía al teatro de mis propias sensaciones. Allí ocurrían milagros: un pequeñito se agitaba, se estiraba; pataleaba (o manoteaba, nunca lo sabré); daba tumbos y hacía cosquillas. Se adivinaba, a veces, una rodilla, codo o pie, como si fuera un chipote suplementario y pasajero sobre el vientre. Y el pequeñito crecía. Por las noches pataleaba al ritmo de los ladridos de los perros, o se movía y daba unas pataditas, siempre las mismas, cada vez que ponía la Gran Misa en re menor de Mozart. Y seguía creciendo; un pequeñito que se

quedó muy quieto, seguro dormido de borracho, aquella tarde cuando por única vez durante todo el embarazo tomé dos copas de vino tinto para celebrar que ya sólo faltaban unas semanas para que naciera.

Meses absorta en un diálogo de amor mediado por ese extraño código Morse de la gestación.

Luego nació mi hijo y me quedé con un hueco en el vientre, pero no por ello cesó el diálogo corporal, porque esa oquedad estaba llena de resonancias, de sensibilidad, de memoria. Durante mucho tiempo mi vientre lo recordó. Por las noches, cuando el bebé lloraba, eran las entrañas las que oían su llanto antes que mis propios oídos; eran ellas las que me despertaban para decirme que, aunque otro, mi hijo seguía conectado a mí por los hilos secretos de un amor corporal que no olvida su lugar de origen. La red era inmensa, todo lo envolvía; hilos invisibles que tiran de las entrañas y se entrecruzan con los hilos blancos que unen y alimentan al amor. Una red, un diálogo de cuerpos, porque cuando él lloraba, la leche inmediatamente contestaba a borbotones. Así, nos volvíamos a entretener, en contemplación y sonrisas, con los hilos nutricios de ese portentoso surtidor lácteo. Allí fue el aprender que los brazos están hechos para abrazar, que su forma es perfecta para contener completo aquel cuerpecito que antes se acurrucaba en su aposento de aguas y entrañas, y que ahora sonreía y gorjeaba como pajarito entre mis brazos. Porque los brazos también pueden ser el continente del amor.

Todo amor es, finalmente, manifestación de un mismo amor, y su lugar privilegiado es el cuerpo, su hogar. Porque si los brazos fueron hechos en el molde perfecto del abrazo, la piel lo recubre todo en pura sensación para unirse al ser amado; la piel, esa superficie sensible sobre la que resuena el alma, con litorales lo suficientemente perceptivos y receptivos como para tornar al cuerpo entero en el gran continente del amor. Porque también la boca está hecha para besar, las manos para acariciar, el sexo milagrosamente diseñado no sólo para penetrar en el otro sino para compenetrarse, y por los ojos uno se lanza al abismo del alma del ser amado. Sí, su hogar... y su espejismo. Porque una se engaña al pensar que la penetración de los cuerpos implica, en el mismo abrazo de amor, a las almas. *Penetración, compenetración, interpenetración*, palabras inventadas para hacernos creer que el contacto directo es posible, que conocemos al otro, que *se puede conocer* al otro. Qué lástima que la alteridad: reconociendo al otro esa fusión, posible entre los cuerpos, no lo sea entre las almas; que viva una, o bien perdida en el delirio de la

unión corporal como vía de conocimiento de una totalidad ilusoria o bien tratando de atisbar, tras la opacidad de nuestra propia imagen y de la del cuerpo del otro, ese mundo al que nunca tendremos acceso más que por destellos, por medio de equivalentes, de imágenes...

Mi hijo crece. "M'hijito, te conozco como a la palma de mi mano: estás cansado y por eso estás de mal humor". "Ya pasó, ya pasó, es sólo una pesadilla". "Bueno, sí, pero no exageres". Así, de este lado del espejo está una muy confiada. Y más porque del otro lado también se proyecta la ilusión: "Mamá, y ¿por qué no nos damos cuenta de que estamos creciendo *mientras* estamos creciendo?" "Mamá, y ¿por qué hago esas payasadas?" "Y ¿por qué me enojo, mamá?" "¿Te da ternura ese perrito?" "¿A ti también te dan ternura mis dinosaurios?" "Y ¿por qué siento bonito cuando...?" "¿Y por qué me da pena ...?" Sí, él también cree que estoy dentro de él; es la confianza del otro lado del espejo, como si yo *de veras supiera*, como si también estuviera conectada con su imaginación y sus afectos. ¡Ah, si el cuerpo tuviera otras puertas para entrar *sin otra mediación* en el alma del otro! Platicamos sin cesar; por mi mente cruzan y se enredan palabras imposibles: parasaurollofo, estrutomimo, paquicefalosaurio... acabo aprendiéndome sauronombres impronunciables, y me da vértigo pensar en diferencias, que él me jura son cruciales, entre esdrújulos arqueoptéricas con plumas, rugosos ranforrrrincos de cola de alacrán e imposibles pppteranodontes de alas membranosas; de pensar y tratar de aprenderme otras diferencias, aún más preciosas por sutiles, según él, entre elasmosaurios de manchas y cuello más largo y plesiosaurios, que a mí me parecen idénticos, pero que él me asegura están dotados de atributos individualizantes, que de todos modos se me desdibujan en la memoria. Me entero también de mundos de fantasía complejos y completos: un aborregado reino entre las nubes, lleno de nombres de imágenes, poblado únicamente de borregos, borregos de todas las formas y tamaños concebibles, incluyendo los del tamaño de una abeja y variedad de mariposa, con sus alas policromas y sus diminutos cuerpos lanudos, saturando las alturas con su aborregado vuelo multicolor; un reino plétórico de lugares descriptibles y por lo tanto imaginables; con su historia, sus anécdotas, su orografía y sus formas de gobierno, mismo que desde luego él encabeza. ¡Mi hijo es un rey! Un mundo marcado por fenómenos naturales, con sus nombres y definiciones: *étupos*: huecos profundos producidos por reacomodos nubosos; *tubnasis*: olas con impulso que caen dentro del mar; *chutlasis*:

brusco levantamiento de montañas; *ocóperos*: burbujas de aire dentro de la tierra (porque también hay mar y tierra en las nubes). Por la pantalla de mi imaginación pasan cetros, escudos de armas, palacios, catedrales, concilios, redistribución de nubes en organizaciones sociales, geográficas y políticas *Lermak, Valle, Tarambuesa, Lana, Ildorenia, Brezeta...* Puentes de arco iris; tiempos y paisajes sin fin.

Mientras tanto la casa se ha llenado de gritos y cantos; de peces y gatos y perros y chupamirtos y canarios y ruiseñores en imposible por apacible contiguidad; de dinosaurios (sólo los de la Carnegie Collection valen porque están hechos a escala, con un material "muy especial" que los hace más pesados que los otros); de dinosaurios filmados, pintados, en libros para aprender a dibujar... Animales, animales; animales de todo tipo y formas de existencia: animales en libros, en postales, calendarios y carteles; animales con pelos y uñas y picos... Todo un mundo. Toda una pasión; con esa exclusividad de coleccionista y esa entrega al conocimiento que marca a la pasión infantil.

Pero ya con los años los desfases se han multiplicado, sin que una se dé realmente cuenta, porque los recuerdos son, literalmente, entrañables y siguen pesando no sólo en la memoria sino en los afectos y en el juicio. Hasta que llega la extrañeza, la evidencia de impenetrabilidad. Tenía mi hijo tres años cuando un buen día se quedó bizco durante horas: de este lado del espejo la angustia, las medidas prácticas: hay que buscar al oculista. Del otro lado del espejo la diversión apenas balbuceada: "qué divertido: dos mamás" Dos de todo. Luego ya no le pareció tan divertido y se durmió. Exámenes minuciosos, búsqueda científica de un significado que le dé forma a esa experiencia aparentemente irreductible al sentido. Diagnóstico: su visión es normal, no tiene nada. Aunque de manera esporádica, la experiencia se repite, la no explicación también. El tiempo pasa, ya es muy de vez en cuando que se le cruzan los ojos. Cuando llega a ocurrir, como ya es más grande, puede articular lo que siente en palabras: un buen rato antes de empezar a ver doble, todo se le hace chiquito, como si se le alejara; como si el espacio y las distancias crecieran desmesuradamente para interponerse entre él y las cosas, haciéndolas diminutas.

Cada vez concibo menos su experiencia, no sólo es incomprendible, es *incompartible*. Dada la obsesividad que me caracteriza, no me puedo conformar; multiplico los exámenes, las búsquedas. La respuesta es siempre la misma: nada. En vista del fracaso y de que cada vez ocurre

con menos frecuencia, acabo finalmente por arrumbar la experiencia en el desván de las herencias: después de todo el tío bisabuelo Manuel tenía estrabismo; de niña, a una tía se le quedaban los ojos trabados durante semanas y luego se componía, y a otra todavía se le va un ojo cuando se enoja...

Siguen pasando los años. Me miro en mi hijo como en un espejo: reconozco ese modo de abordar las cosas, esta manifestación de ternura, aquel sentimiento, esotro gesto, estotra pasión... Hablamos siempre, hablamos de mundos posibles. ¡Ah, la comunión de las almas! Al punto de olvidar la opacidad de la propia imagen, al punto de olvidar que esas coincidencias no son sino meros atisbos, poros ligeramente más abiertos por los que se filtra la luz de esa estrella que es mi hijo, pero como un rayo de luz refractada por mi propia opacidad. Sí, es cómodo ser madre y mirarse en el hijo como en un espejo; es cómodo irse a chacharear al desván de las herencias.

Un buen día, a los nueve años, se despierta a la mitad de la noche, aterrado: los ruidos de su entorno han crecido, como si le hubieran subido todo el volumen al amplificador del mundo; el roce de mis pantuflas sobre la alfombra le es intolerable, como el estruendo de un avión a quemarropa "Es una pesadilla, ya pasó, ya pasó..." Pero no pasa. Pasa ese día, pero vuelve una y otra vez, sólo que ahora viene acompañada de un viejo conocido de ojos bizcos. Se angustia cada vez más: "¿Qué me está pasando, mamá?" Esta vez no tengo respuestas cómodas; se ha roto el espejo y he perdido la llave del desván. Luego es antes de quedarse dormido que el mundo acústico se le agiganta y el visual se le disminuye en la lejanía; por lo tanto, ya no se puede tan fácilmente atribuir esta extraña experiencia a una pesadilla. Pesadilla: ese nombre general, abstracto como todas las palabras, al que recurrimos para expresar de manera irremediabilmente fallida una experiencia irreductible, irrepetible, a la que jamás tendremos acceso directo. Pero la palabra también es cómoda, todo mundo la conoce, todo mundo "sabe de qué estamos hablando", cuando que no sabemos realmente nunca nada.

Esta vez no busco un otorrino, como busqué un oculista a los tres años. La aparición de este extraño mundo sonoro magnificado le da sentido al mundo visual disminuido; forma un patrón, reconocible como el mismo, a pesar de la oposición en las dimensiones, a pesar de las diferencias sensoriales. Todo esto es como una metáfora: no tiene nada que ver, pero es lo mismo, por lo tanto significa otra cosa. Así,

en una terrible metáfora corporal, el sinsentido se resuelve en sentido, aunque confuso, apenas presentado, pero ahora sé, con toda la certeza que viene de la gracia de una iluminación, que el origen y significado de todo esto no está ni en los ojos ni en los oídos sino en el cerebro. El pánico es total y la imaginación se dispara en narraciones y escenarios descabellados pero posibles.

Busco a la pediatra y le pinto, con todo el detalle narrativo y descriptivo de que soy capaz, el díptico incomprendible. Insisto en un neurólogo. En efecto, es un patrón y tiene sentido. El díptico no es incomprendible, no para ella; dibuja una figura que se puede reconocer; forma parte de todo un sistema de conocimiento y puede por tanto ser descifrado. La pediatra se erige entonces en intérprete del mundo de mi hijo. Diagnóstico tentativo: crisis sensoriales; distorsiones pasajeras de la percepción que se pueden explicar y, una vez determinada la magnitud de la lesión, tratar. La explicación es perfectamente etiquetable; un conjunto de síntomas que se pueden clasificar; una etiqueta con nombre: un síndrome. El nombre tiene, por demás (si no es que en demasía, considerando el apelativo), un apellido pseudocientífico, tan extraño como los síntomas: *Síndrome de Alicia en el País de las Maravillas*. No lo puedo creer, como no puedo creer que esto le esté pasando a mi hijo y, menos todavía, que le pase a otros, que sea una clase de experiencia, un fenómeno catalogable. En el nombre mismo se cuela la extrañeza: es como si todo el sinsentido de esa historia se hubiera venido a vivir de este lado del espejo. Recorro los parajes familiares de *Alicia...*; es mi mundo, el de palabras y metáforas y mundos posibles, súbitamente convertido en una categoría científica, un síndrome, un diagnóstico. No entiendo nada.

Entramos en el terreno de la causalidad. Al nacer hubo sufrimiento fetal, porque no le llegó suficiente oxígeno; estas crisis sensoriales son la consecuencia. El *sufrimiento fetal* es algo perfectamente codificado también y por lo tanto se puede descodificar en signos comprensibles. Así, la experiencia es explicable, forma parte de una cadena de causas y efectos. Pero de todos modos sigue remitiendo de manera sugerente al mundo imaginado por Lewis Carroll. Habría allí, tal vez, equivalentes, afinidades, resonancias, una posibilidad de concebir y de vivir un mundo así. Por lo pronto, como todo discurso, el científico también es retórico; tiene su dimensión persuasiva cuidadosamente trabajada. La mente se apacigua, mira las cosas con más calma porque ahora "entiende": mis narraciones posibles fueron en efecto descabelladas. Pero mi intuición fue correcta: hay un patrón de sentido y hay que leerlo en el cerebro.

Falta de oxígeno, sufrimiento fetal; la memoria y el corazón acuden a completar el significado, a temporalizarlo: esto debe haber ocurrido aquella tarde en la fotocopiadora, cuando un tipo con pistola entró a asaltarnos a todos por igual, clientes y dueño; y yo, con seis meses de embarazo, me asusté al punto de quedar sin aliento. Por más que trataba de respirar hondo, el aire parecía quedarse sólo en la nariz. Es una experiencia de sofocamiento que aún puedo recordar, sentir en el recuerdo. Pero en ese momento preciso, en mis sentimientos, en mi percepción, estuve sola. Entonces mi hijo también debe haber sufrido y yo no lo supe. Sólo yo sentí el ahogo. No pude saber ni sentir el suyo, como en cambio sentía sus movimientos. El sufrimiento se repitió tres meses más tarde, cuando entré en labor de parto. En mi felicidad estaba yo instalada en la práctica de la respiración psicoprofiláctica; tranquila, esperando emocionada, aunque ligeramente nerviosa, que llegara la hora en que nacería mi hijo. Pero el ginecólogo leyó el texto inscrito dentro del útero y determinó que ya había sufrimiento fetal, que era necesario hacer cesárea.

Estaba yo consciente cuando el médico sacó de mi vientre al bebé. Luego se hizo un silencio que me heló la sangre y me desgarró la garganta. Tal vez ni siquiera fue un minuto, pero para mí quedó encapsulada la eternidad en ese intervalo de silencio. Debido a que encontraron meconio en el líquido amniótico, no lo dejaron hacer su primera inspiración sin antes sacar de su cuerpo todo el líquido. A pesar de estar consciente, yo no podía ver nada por los campos estériles. Cuando la angustia se hizo intolerable pregunté, llorando, por qué no lloraba el bebé. Casi de inmediato vino por respuesta una vocecita quebrada que me iluminó con su llanto. Que todo había salido bien, a pesar de que los signos de meconio antiguo y fresco indicaban con toda claridad que había habido sufrimiento fetal, pero que no había nada de qué preocuparse.

Síndrome, lesión, meconio, sufrimiento fetal: términos vueltos inteligibles por la explicación. Uno lo entiende con la cabeza, pero ¿qué quieren decir? Se puede explicar el concepto, insertarlo en la serie de causas y efectos; la experiencia tiene nombre y apellido, fronteras y límites; se puede decir, se pueden representar sus consecuencias en forma gráfica por medio de un electroencefalograma. La explicación convence; la razón la acepta. Uno cree que entiende. Pero uno no entiende nada; uno *nunca* entiende nada. Jamás podremos *saber* verdaderamente lo que es sufrir

fetalmente, como jamás podremos concebir cabalmente el sufrimiento del otro. En el corazón, en la imaginación, es *inconcebible*: mi hijo sufrió y yo no lo supe; eso es lo único que sé. Pude concebirlo en el útero pero no pude concebir su sufrimiento.

Y me desespero en la ironía y la paradoja. ¿Cómo es que mi pequeñito sufre de crisis distorsionantes de la percepción, cuando que es la criatura con los sentidos más aguzados y refinados que conozco? Reúno evidencias, toda la artillería emocional de la que soy capaz para defenderme ante este incomprensible tribunal de la experiencia: me acuerdo cómo, en una ocasión, en el acuario de Boston, donde llegamos en la mañana y salimos hasta que nos corrieron porque ya iban a cerrar, él llamaba mi atención sobre infinidad de plantas, peces, cangrejos, estrellas de mar, anémonas... que de otra manera jamás habría yo notado. "Mira mamá aquel cangrejito metido en esa cueva que está *hasta allá*..." Yo desde luego me sentía todo el tiempo como si me hubieran metido en el juego de "¿Dónde está Wally?", pero él, deleitado y absorto, lo veía todo, lo observaba todo y me lo hacía notar. Además oye perfectamente bien, con una gran precisión; la maestra de piano dice que su oído es perfecto, capaz de reproducir cualquier nota con la voz. Y sus experimentos auditivos: "Cállense todos. A ver, ¿qué pueden oír?" Luego hace la cartografía del silencio: el ruido del agua en la pecera, el viento entre el follaje, los chupamirtos allá afuera, el perico que vive a dos casas de la nuestra... Y cuando los primos dejan ropa —aun las camisetas, que para mí son todas iguales— él reconoce de quién es porque va y la huele como perrito: "Huele a David". Y los sabores... y el adorado oso Beny, calvo ya de tanto amor, de tantas caricias para sentir la suavidad del peluche... Pero por más que haga yo el inventario de los refinamientos sensoriales, ahí sigue, como una mueca grotesca, la evidencia de ese mundo distorsionado que lo condena. No lo puedo entender; peor aún, no lo puedo vivir y apenas si lo puedo concebir.

La pediatra, con vocación de hada madrina, ha sido buena intérprete; sabe otros códigos; se lo ha explicado con metáforas. Y en la explicación entra por primera vez el corazón, porque la metáfora permite un acercamiento, un atisbo. Puede uno imaginar algo, más allá del entendimiento, más acá del sentimiento. "No es grave, no te estás volviendo loco, ni tampoco lo estás inventando; lo que te pasa es real: es como un moretón que duele cuando lo tocas." Bonito que sea la metáfora la que diga la realidad de manera más convincente. "Cuando te cortas un

dedo queda una herida y duele; si te raspas la rodilla es sensible al roce. Esto que te pasa es real; como si te hubieras pegado en el cerebro y se te hubiera hecho un pequeño moretón. Cuando estás cansado, es como si le pasaras un dedo que te hace ver y oír las cosas de otra manera..."

Mas el espejo es también un espejo abierto al mundo y al tiempo; en él se multiplican las preguntas que con la ansiedad y la sorpresa no se me habían ocurrido: ¿qué significa esta súbita progresión geométrica de las crisis? ¿Habrán de invadir cada vez más territorio de su vigilia? ¿Es intermitente o progresiva? ¿Desaparecerá o se intensificará conforme crezca? Con las preguntas se multiplican en la imaginación los médicos posibles, las opiniones encontradas que acechan en el camino a seguir, las secuelas del tratamiento... Los enigmas sin fin del cuerpo y del alma. El tiempo los desplegará en abanico, replegando algunos en respuestas y en hechos, descubriendo otros que ni siquiera puedo imaginar ahora.

Por lo pronto mi pequeñito se ha tranquilizado un poco. Me habla con más confianza y menos miedo sobre la experiencia: le angustia el volumen de los sonidos pero le divierte la distorsión visual. "Eso es padre mamá, es como vivir en un palacio muy grande, sólo que las cosas se ven tan chiquitas que ya no distingo los detalles; ese cuadro del canal con el puente, por ejemplo, se ve de este tamañito y sólo como un mazacote azul y negro." "Lo padre de que se alejen las cosas es que sientes como si volaras, porque con unos cuantos pasos o con una carrerita de nada ya llegaste, cuando que tú creías que estabas lejísimos." "La otra vez que me pasó, estaba con Paulina. Se me hicieron dos Paulinas y la que no era la verdadera se aparecía y se desaparecía en pedazos, con una línea transparente que las dividía a las dos. Un pedazo de Paulina se escondía cada rato detrás de la Paulina verdadera. O si se separaban, la que no era la verdadera, se iba borrando poco a poco del otro lado."

Además tiene un soplo en el corazón, pasajero porque ha crecido demasiado en muy poco tiempo. Quizá son esos moretones sobre los que el cansancio o su propio crecimiento ha presionado, pasando su dedo distorsionante, que lo empuja a otro mundo, donde las cosas se hacen pequeñitas y los sonidos se agigantan. Por lo visto no sólo se trata de crisis sensoriales, sino de crecimiento.

Es el dolor de crecer —*growing pains*—, dicen los sajones, y no es metáfora. Sí, crecer duele, duele bastante; estira y presiona sobre viejos moretones, sobre los pequeños chipotes del alma y los raspones del corazón. Y no hay tregua, porque no se acaba cuando el cuerpo termina

de crecer. Seguimos creciendo, creciendo siempre. Tampoco el dolor se acaba; no se acaba nunca. Porque la otra alternativa es la de un lento endurecimiento interior que termina en la insensibilidad y en la parálisis espiritual.

Luego me entero, porque él me lo dice, que estas crisis sensoriales (las del oído también, no sólo las de la vista) ya le habían ocurrido "cuando era chiquito" pero como no eran muy fuertes pensaba que eran tonterías y no decía nada. Como entonces no se dio el puente de la palabra, ese mundo acústico permaneció *totalmente* sellado para mí. ¿Dónde estaba yo que no pude ni supe sentir con él? ¿Enfrascada en qué discurso banal, en qué interpretación errada de su mundo? Porque finalmente, sólo por vía de la palabra es que nuestra imaginación puede comenzar a trabajar para construir una imagen, buscar, con cuidado y con amor, aquellas palabras que pudieran ser un equivalente de ese otro mundo que uno quisiera conocer, al que uno querría tener un acceso directo. La palabra, la imaginación. En el nombre de la crisis está quizá la posibilidad de un camino para la imaginación. Tú que eres sabio, hijo, quisiste volver a ver *Alicia en el País de las Maravillas* aquella noche que regresamos de la pediatra. Trataré de acompañarte por ese camino con todo el amor que siento por ti. Porque sólo el amor es capaz de tender puentes, de movilizar la imaginación para concebir al otro, concebirlo en la luz y en el amor, a sabiendas de la sombra, aceptando de entrada el dolor que produce la irremediable fragmentariedad de una imagen que es, sin embargo, nuestro único equivalente, nuestra única vía de acceso al mundo del otro.

¿Qué se siente, hijo, entrar de repente en un mundo de sonidos convexos e imágenes cóncavas? Para luego salir de él como si nada, y no ocuparte más de esto, y apasionarte exclusivamente por las diferencias morfológicas entre elasmosaurios y plesiosaurios. ¿Qué se siente estar apasionado así? ¿Y qué se siente tener ese reino entre las nubes del que tanto me has hablado? ¿Qué se siente ser rey? ¿Qué se siente, hijo, *ser tú?*

Pude concebirte en el útero una sola vez, "dar a luz" tu cuerpo completo y contenerlo entero, en mis brazos. Pude entonces abrazarte como a un mundo, pero ese otro mundo que se abre en tus ojos hay que concebirlo de otra manera, en la imaginación y en el amor. Habría que concebirte nuevamente, en el espíritu, concebirte una y otra vez; y, al mismo tiempo, resignarme al fragmento, al atisbo, a los destellos. ¿De qué otra manera se conciben las estrellas?

Sigo parada frente al espejo. Quisiera desvestirme totalmente de mi reflejo para pasar del otro lado; ser otra, poder realmente saber qué se siente ser otro; percibir el mundo desde otros sentidos, vivirlo desde otros sentimientos, desde otro corazón; buscar otras vías de acceso al mundo del ser amado. Sí, quisiera ser tantos otros, tantas otras. Quisiera hacer tantas preguntas... Sólo responden mi imagen y las formas vagas que apuntan al universo deseado, adivinado apenas, del otro lado del espejo.